



En este segundo mes del año, queremos reflexionar sobre el valor de la humildad. A veces no somos conscientes de esta gran verdad: “La paz hace riqueza, la riqueza soberbia, la soberbia trae la guerra, la guerra la miseria, la miseria la humildad, y la humildad hace de nuevo la paz” (Geller von Keysersberg). Una humildad equilibrada que nos conduce a reparar en todo lo que hay a nuestro alrededor, como hizo San Juan de Dios en las calles de Granada. Una humildad que nos plantea compartir un camino, una misión, un carisma: el de la Hospitalidad, una MISIÓN COMPARTIDA que da pasos en la Orden Hospitalaria desde el deseo de cuidar al que sufre y tiene necesidad.

www.nuestraseñoradelapaz.es

LA HUMILDAD DEL PROPIO YO

El girasol como símbolo de la humildad, **busca el sol y después se agacha ante él**. El yo no puede existir. El yo ¿qué es? ¿Dónde se encuentra? El yo no puede existir como un ser que vive por su cuenta en el cerebro. Es, de hecho, el protagonista dramático de las situaciones fabricadas. El yo, a pesar de ese delirio de independencia, es parte de la anatomía y fisiología del cuerpo. El yo es la primera lección de humildad: mi yo es un fruto de la naturaleza. Mi yo puede seguir su camino, apostando apasionadamente por su independencia y libre albedrío. Y mira por dónde, el yo es una circunstancia darwiniana la mar de fortuita: mi yo es pura casualidad surgida de lo infinito posible.

¿Existe el libre albedrío? Quizás no en la realidad estricta, pero por lo menos sí existe en un sentido operativo necesario para la cordura y, por lo tanto, para la perpetuación de la especie humana. He aquí nuestra misión real: ser parte de una cadena colaborativa. No soy nadie sin los demás. Podemos ser tan ignorantes que llegamos a afirmar con Chesterton que, la humildad es una virtud tan práctica que los hombres se figuran que es un vicio. La humildad es la esencia del saber **ser auténticos**, para saber **hacer el bien, bien hecho**.

La humildad es un bien escaso pues no abunda entre los doctos, y aún es menos frecuente entre los ignorantes. De ahí que nos convenga tomar consciencia de esta gran paradoja formulada por William Cowper: “La ciencia es orgullosa por lo mucho que ha aprendido; la sabiduría es humilde porque no sabe más”. Y en ocasiones confundimos los términos adecuados y nos pasamos de rosca: los mismos vicios pueden engendrar orgullo desmedido o humildad excesiva. El término medio es esencial.

Alguien que es concebido como una persona “mala” por la leyenda negra en torno a él, llega a advertirnos: “se engañan muchas veces los hombre creyendo que la humildad vence siempre a la soberbia” (Maquiavelo). Porque “La falsa humildad equivale a orgullo” (Pascal, B.). O de otra manera, la humildad es a menudo un artificio del orgullo para F. de la Rochefoucauld.

Sin llegar a ser ingenuos, nos situamos desde la misericordia y la hospitalidad, que concibe al hombre vulnerable llevándonos a concebir la vida como una larga lección de humildad. Hasta el punto que la propia humildad auténtica nos puede hacer invulnerables. Porque la humildad nace de la confianza en los demás.



La verdadera
grandeza nace
cuando estas
con la gente no
por encima
de ella

#sjdreflexion

@cnsdip

ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS
Clínica Nuestra Señora de la Paz

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO DECIMOS: MISIÓN COMPARTIDA

La misión compartida es una realidad “constatable” de la que se habla con naturalidad: “Han pasado décadas desde que se iniciara este nuevo modo de entender la colaboración de los laicos en las instituciones religiosas; no es una sustitución, sino un **compartir la misión común de Los Hermanos de San Juan de Dios** desde la especificidad de ambas vocaciones. La misión compartida no tiene un solo significado, sino que corresponde a un espacio de diversidad y complementariedad. Se está recorriendo un camino con decisión, pero a la vez se requieren todavía unos procesos prácticos y de reflexión, que implican tanto a laicos como a religiosos”.

Si bien es cierto, que los laicos han ocupado muchos lugares en los que antes estaban los Hermanos, también lo es que el creciente protagonismo de los laicos no debe achacarse exclusivamente a la escasez de vocaciones religiosas y sacerdotales. Décadas atrás se toma conciencia cada vez más de que los laicos deben tener parte activa, consciente y responsable de la misión de la Orden.

Compartir la misión requiere descubrir, profundizar, celebrar y compartir el sentido y el valor que ella nos descubre el carisma. Una misma espiritualidad con distintos acentos. Requiere, pues, compartir la espiritualidad, y no hay modo de compartirla si no es en la relación vital (Antonio Botana, fsc). La espiritualidad laical junto a la espiritualidad religiosa deben estar dispuestas a poner el acento de manera conjunta en la cooperación a la obra de evangelización de la Iglesia, porque ambas espiritualidades participan a la vez como testigos y como instrumentos vivos.



En la Orden de San Juan de Dios comprendemos que la misión compartida debe alimentarse de la **colaboración** entre el laico y el religioso. La colaboración no debe considerarse como un compromiso menor o menos fuerte. Todo lo contrario: los colaboradores son personas «humanamente estimulantes y educativamente eficaces que permiten llevar adelante la tarea del Centro». Es decir, no son meros trabajadores, sino **profesionales que sintonizan con la orientación con que un determinado carisma colorea la que es su tarea profesional**, y por esa razón su participación en la misión de la Orden es inestimable y, frecuentemente, muy generosa.

En la Orden resulta muy clarificador intentar diseñar un mapa de los distintos modos de comprometerse con el carisma, porque eso puede ayudar a situar con acierto expectativas de unos y otros, a elaborar proyectos apostólicos que cuenten realmente con quienes pueden asumirlos y, sobre todo, a explicar con claridad que **compartir la vida, el carisma y la misión no significa que las diferentes formas estables de vida se diluyan** para crear una nueva manera de estar en la Orden y en el mundo.

Carmen Gómez

Coordinadora de Admón. y Servicios Generales.

Responsable de Misión Compartida en la
Clínica Nuestra Señora de la Paz.

PARA PENSAR

“Casi no hay desastre que deje de remediarse mediante dos recursos: humildad y tiempo”

(Manuel Mindán Manero)